

El Correo Literario.

Periódico político, literario, industrial i de costumbres.

ILUSTRADO.

Año I.—Núm. 10.

Ajencia central Pasaje Búlnes n.º 47.

Setiembre 18.

Como se trataban los veteranos de la guerra de la independencia.

Cuando el coronel Ordoñez estaba encerrado en la plaza de Talcahuano con las fuerzas españolas, el coronel don Juan Gregorio de Las Heras lo sitiaba con las fuerzas de la patria. Las Heras, uno de los bravos oficiales mas impacientes de la guerra de la independencia, tenia fija su vista sobre Ordoñez esperando las mas pequeñas oportunidades para aprovecharlas: obligado a maniobrar solo por la ausencia de los jefes superiores, aceptaba en toda su plenitud la reponsabilidad de sus actos.

Un dia se le presentó ocasión de dar una batalla, i a pesar de las circunstancias difíciles i de las grandes consecuencias que indudablemente traería consigo, no vaciló en darla.

El jefe hace al soldado, dicen los hombres de armas, i así es que, todos los que acompañaban en ese dia a Las Heras, estaban animados de su mismo espíritu, i sentían el mismo ardor por batir al enemigo: de manera que puede decirse que todos eran tan bravos como él. I cierto que los soldados patriotas escasos en número, mal vestidos i llenos de penalidades i fatigas, asombraban por su decisión i bravura.

Ese dia se batían como siempre, i los españoles por su parte hacían recordar a los vencedores de Bailén. Los jefes enemigos, es decir, Las Heras i Ordoñez, por medio de anteojos se avistaban mutuamente, i ambos se manifestaban sorprendidos de la serenidad que el uno observaba en el otro.

La batalla finalizó i fué favorable a las armas de la república. Las Heras había triunfado i Ordoñez tuvo que volver a encerrarse en la plaza de Talcahuano.

En la noche de ese mismo dia, Las Heras se había encerrado en su habitación i se encontraba tendido por el suelo: un dolor horrible de cabeza lo tenía postrado. De repente se abre la puerta de su habitación i se presenta un oficial a anunciarle que había llegado un parlamentario de parte del

coronel Ordoñez, el que deseaba vivamente hablar con él. Apesar de su situación, Las Heras ordenó que se le condujera a su presencia. Un instante después el oficial español estaba delante del jefe patriota.

—Es al señor coronel Las Heras a quien tengo el honor de hablar? dijo aquél.

—Sí, señor, contestó este, un servidor de Ud.

—Señor coronel, continuó el oficial, de parte de mi jefe el señor coronel Ordoñez, que ha observado hoy atentamente a U. S. en la batalla, vengo a felicitarlo por su valor. Me ha encargado también mi coronel, que le ofrezca a U. S. sinceramente su amistad, i que desde hoy queda a su disposición en todo aquello que en nada pueda perjudicar a las armas españolas. Mi coronel desea que U. S. ponga a prueba la amistad que le manda ofrecer, viendo en qué puede serle útil, salvando sus deberes.

—Señor oficial, contestó Las Heras, diga Ud. al señor coronel Ordoñez, que me es altamente satisfactoria la felicitación con que me honra; que he cumplido con mi deber como cualquiera otro soldado de la patria, i que hace tiempo me merece el concepto de uno de los más valientes i experimentados jefes españoles, i en este momento, el más temible a la causa de los libres: que no necesito poner a prueba su amistad para creer en la sinceridad de sus sentimientos, porque el corazón de un valiente siempre es generoso i es noble. En las circunstancias difíciles en que nos encontramos, en nada puedo serle útil; pero si alguna vez alcanzo la gloria de vencerlo, en lo que me empeñaré grandemente, tendré el placer de ponerme a su disposición.

En seguida mandó entregar al oficial seis botellas de coñac i continuó:

—Decidle al valiente Ordoñez, que cada una de estas botellas en campaña es un tesoro; que no tengo más que una docena i le mando la mitad, porque considero que en estos momentos es el más magnífico regalo que puedo enviarle, exauto de licor como presumo que se encuentra.

El oficial partió i Las Heras volvió a ocuparse del dolor que lo molestaba.

Despues de haber caido Ordoñez prisionero en Maipo, fué conducido a Santiago i detenido en la casa del consulado. Las Heras se dirijó entonces al gobierno solicitando que se pusiese a su disposicion la persona del Brigadier Ordoñez. A un guerrero como Las Heras no podia negársele nada: se le concedió la gracia que pedía.

Provisto de la orden que ponía a su disposicion la persona de Ordoñez, se dirijó al consulado, i en una pieza en el primer patio sobre la derecha, lo encontró paseándose. Estos dos jefes no se conocían, pero en el momento de verse se adivinaron. Las Heras se acercó a él i le dijo:

—General: durante el sitio de Talcahuano, en un dia de difícil prueba para Ud., me mandó ofrecer su amistad; entonces en en nada podia serle útil porque todo estaba en confusión; pero hoy es Ud. un prisionero de la patria, i vengo a decirle que acepto su amistad i a ofrecerle a Ud. de todo corazon la mia. Le traigo a Ud. igualmente una prueba de mi estimación esperando que se digne aceptarla.

I puso en sus manos la orden que había recabado del gobierno.

Los dos jefes se abrazaron con efusión i con aquella cordialidad con que se estrechan los valientes, i se abandonaron en seguida a una conversación llena de recuerdos gratos i trayendo a colación aventuras picantes i hechos heróicos con que se manifestaban mutuamente el alto aprecio que se tenían. En esta conversación salieron también aquellas seis botellas de coñac obsequiadas por Las Heras, confesando Ordoñez que había sido el regalo que más había estimado en su vida, pues en esos momentos no tenía en la plaza una sola gota de licor.

Al poco tiempo de esta entrevista partió Ordoñez para Mendoza llevando en su corazón bien grabado el recuerdo de su amigo, como también el del esclarecido patriota canónigo Guiraldes, a quien debió importantes i oportunos servicios.

Posteriormente se recibió en Santiago la noticia de que Ordoñez había perecido en San Luis. Se asegura que la traición cegó la vida de este valiente veterano de la España.

J. A. TORRES.

Himno de la democracia.

CORO

Como un radiante espíritu,
Idea, tú caminas,
Y siempre con los mártires
Y con los héroes vas.
De Europa i de la América
Los pueblos iluminas;
Y al fin contra los déspotas
El triunfo nos darás!

I.

El pueblo es libre! El cántico
La voz del pueblo sea,
De su esperanza símbolo,
Del porvenir idea,
Un himno leal i enérgico
De patria i libertad!

II.

La voz que antiguos héroes
Ya celebró triunfante,
Con la del pueblo unísono,
Solemnemente cante;
Y por sonora atmósfera
Retumbe su igualdad!

III.

La frente del demócrata
En luz de amor se enciende,
Sin miedo huelle impavido
De su deber la senda;
Y crezca en lo magnánimo
Su noble corazon!

IV.

De hoy mas, leyes tiránicas:
No incensarán al crimen,
Y temblarán los déspotas
Que con el vicio oprimen.
El pueblo es pura víctima!
El pueblo es redención!

V.

No torpe grei estúpida,
Seamos ciudadanos.
Con fe en el pueblo amémonos.
Llamándonos, "hermanos".
Y a nuestra patria démosle
Justicia i libertad.

VI.

Honorad así a los héroes
Que nuestros padres fueron.
En su valor patriótico
Jamas desfallecieron:
Y en vano abrió sus cárceles,
Sus tumbas, la maldad.

VII.

La lid con la metrópoli
Pasó!—La gran memoria.

De esas hazañas célebres
Es nuestra propia gloria;
Lo que ha iniciado esa época
Al fin se ha de cumplir.

VII.

En los trofeos públicos
El pueblo libre vea
La patria unida al júbilo:
El hombre con la idea,
Y en su pasado histórico
Brillando el porvenir!

GUILLERMO MATT.

Setiembre de 1858.

Al 18 de Setiembre.

Mirad, chilenos! la brillante aurora
Del dia hermoso de la patria llega,
I con sus rayos nítidos colora
El brillante pendon que el viento plega.

Mirad! ya asoma el sol en su carrera
I refleja su luz esplendorosa
El bello tricolor de la bandera
Que se bate en los aires orgulloso.

De nuestra era mas grande la memoria
En ese noble Tricolor se halla,
Que oyó el primero el grito de victoria
Tremolando en el campo de batalla.

Él refescaba la atrevida frente
Del guerrero que ardiendo en patriotismo,
Animoso luchaba, heróicamente,
Por salvar a la patria del abismo.

Su vista sola en el combate fiero,
Cruzado por las balas i las lanzas,
Alentaba al intrépido guerrero
Con nobles i gloriosas esperanzas.

I es por eso que el chileno
Ama el pendon tricolor,
Que en el campo del honor
Miró el combate sereno.

I al verlo, con alegría
Alza la frente orgullosa,
Que con su planta oprobiosa
No dobló la tiranía.

Mirad! el sol con luz resplandeciente
Viene a traernos hoi a la memoria
Una página ilustre, sorprendente,

La mas bella i feliz de nuestra historia.

Nos viene a recordar aquel momento
En que haciendo un esfuerzo rudo i bravo,
En un combate desigual, sangriento,
Se convirtió en señor el que era esclavo.

I ese sol que talvez los corazones
Está viendo latir hoi cuando asoma,
Les habrá dicho a las demás naciones
Que Chile no es un pueblo que se doma.

I pues, del cielo limpido i sereno
Él vió el esfuerzo del postrer combate,
Habrá contado que hoi del buen chileno
El pecho hinchido de recuerdos late.

Que él lo vió combafir, menospreciando,
Por salvar a la patria, su existencia,
I lo miró, de gozo delirando
Dar el grito feliz de Independencia.

La salva está sonando! los semblantes
De los chilenos brillan de alegría;
Esos mismos cañones retumbantes
Derrocaron la torpe monarquía.

Una expresión de gozo resplandece
En todas las miradas; sin enojos
Siente el chileno que su gloria crece,
El placer reflejándose en sus ojos.

De orgullo i de valor palpita el pecho
I la patria sonrie lisonjera,
Por que ostenta la fuerza i el derecho
En el fuerte cañón i en la bandera.

I por do quier se escuchan himnos gratos
Que alza el Chileno libre e independiente,
Inspirados por nobles arrebatos
De que se inunda el corazon valiente.

I a cada trueno del cañón glorioso
Gritos alegres el chileno lanza,
Porque en su pecho noble i valeroso
Siente de engrandecerse la esperanza.

Que recuerda nuestra gloria
Del cañón el estampido,
Cuando vibra en el oido
Como un eco de victoria.

Que cuando suena el cañón
De grandes recuerdos lleno,
En el pecho del Chileno
Late ardiente el corazon.

I yo que te contemplo, patria mia,
Con esperanzas plácidas vivir,
Ruego lleno de fervida alegría
Que marches progresando al porvenir.

Que si escaso algun pueblo por el lodo
Quiere arrastrar tu noble pabellon,
No contestes, oh patria, de otro modo,
Que con la boca ardiente del cañon.

L. R. V.

El número trece.

NOVELA ORIJINAL.

(Continuacion).

III.

En cuatro meses no volví a ver Andres. Por aquel tiempo se habian hecho ya de moda los paseos a Valparaiso durante la estacion de los calores i Paulina habia sido aquel año de las emigrantes. Escusado es decir que mi amigo no fué de los ultimos en abandonar las calles de nuestra vieja capital.

Era una noche del mes de abril i me vestia yo para asistir a un baile cuando vinieron a anunciar me que un caballero me buscaba; «que pase adelante» dije yo, i un momento despues me abrazaba Andres diciéndome. Al fin estas de vuelta.

Despues de cambiar las primeras frases de preguntas i respuestas, vino a mi memoria la pasion de Andres.

—I bien, mi amigo, le dije, a que altura nos hallamos en el *rio tierno*?

—No te burlas, repuso él, creo haberte dicho que amaba a esa mujer.

—En efecto, i es por eso que te pregunto a que altura te encuentras?

—He estado con ella en Valparaiso.

—Ya lo sé. Pero tu amor. . .

—Es siempre el mismo.

—I ella?

—Ella! es un ángel. Hai con todo ocasiones en que creo que concluiré por darme un pistoletazo.

—No te ama entonces?

—No se que responderle. Hai dias en que está dulce, tierna, cariñosa, en que las palabras con que indirectamente suelo significarla mi afecto, parecen resonar en su alma como una música melodiosa; pero hai otros, amigo mio, en que huye de mí i en que parece mirarme con aversion.

—Eso es muy natural, dije yo, arreglando el nudo de mi corbata.

Una noche, siguió Andres, nos paseábamos por la playa del mar: la luna estaba hermosísima: solo de cuando en cuando una palabra venia a interrumpir nuestro silencio. No es cierto, la dije en una de estas ocasiones, que fué sin duda en una noche como esta cuando el primer hombre sintió

despertarse el amor en su corazon? Su brazo, que apoyaba en el mio, tembló ligeramente, i fijando en mí sus grandes ojos negros, me dijo, como dominada por una emocion profunda.

—Es verdad: en estas noches me parece que tengo 17 años, i que vuelvo a soñar como entonces.

—Dulces sueños, agregué yo, que no necesitan sino de una palabra para convertirse en realidad.

—En realidad? no, Andres, los hombres, en su egoísmo, comprenden tan raras veces la delicadeza de nuestro corazon, i por un momento de engaño, nos hacen llorar noches enteras.

—Paulina, Paulina, iba a decir yo, no me cree U. capaz de comprenderla, de amarla como U. merece ser amada? Pero mi voz espiró en mis labios i no sé como tuve valor para tomar su mano entre las mias; ella no la retiraba, i al contrario parecía sentir como yo, que en aquel contacto de nuestras manos se encerraba una embriaguez celeste.

Iba a revelarla mi amor, cuando nos alcanzaron otras personas que habian subido con nosotros. Yo guardé silencio. Al despedirme estreché su mano con pasion i ella como cediendo a un impulso irresistible puso su otra mano sobre la mia, diciéndome con voz llena de ternura:

Hasta mañana.

Esa noche fui el hombre mas dichoso: estaba loco de contento; me creia amado.

Al dia siguiente cuando fui a su casa no quiso recibirmee, i en quince dias no pude verla.

—I despues? dije yo, poniéndome el sombrero.

—Ella se vino a Santiago i no he podido encontrarla nunca sola.

—Tú vas al baile? pregunté a Andres, variando de conversacion.

Sí, espero allí ver a Paulina, contestó mi amigo, i tomados del brazo nos alejamos de casa:

Muchas de mis lectoras sentirán todavía la idea de un baile. Quizas por Andres pasaba otro tanto en el momento de que voi hablando. Lo que es por mí, con la vista clavada en las estrellas, iba deliciosamente entretenido en combinar el plan de un drama que para que no os asustéis prometo no contar, ni menos publicar, pues lo que es hasta ahora no está escrito. No recuerdo en cual de las escenas me encontraba, cuando llegamos a la casa en que se daba el baile.

Así como hai jentes a quienes nada sorprende en este mundo, hai otras que admirán todo cuanto ven: sin contarme entre los primeros no soy tampoco como los segundos. Guardo el justo medio tan recomendado por los filósofos; pero hai dias en que pertenezco a los indiferentes, i dias en que soy todo admiracion. Sin duda me hallaba en uno de estos últimos; pues el lujo de los salones, la belleza i elegancia de las mujeres, entre las que algunas habia, que mas que seres vivientes, parecian el mostrador de un joyero; las lu-

ces, la animacion de todos los semblantes, las frases entrecortadas que a mis oídos llegaban, todo en fin, a mi entrada en el salon del baile, me hizo olvidar de mi plan, dejando talvez a mi heroina con mi héroe en una plática de amor.

Paulina estaba sentada en un sofí colocado al estremo del Salon. Vestia un traje blanco sencillo, i por único adorno de lujo tenia pendiente del cuello una pequeña cruz de brillantes. Estaba hermosísima: yo comprendia entonces la pasion de Andres.

Elvira, la heroina de la historia, como hai muchas, i primer amor de nuestro héroe se encontraba tambien en la sala. A nuestra entrada dió a Andres una mirada de despecho, una de esas miradas que revelan un drama entero. Donde hubo fuego, cenizas quedan, no pude ménos de esclamar en mi interior, mientras Andres, sin hacer alto en ella, pasó a sentarse al lado de la dueña de casa. Yo saludé a Paulina, la que me recibió con estas palabras: Al fin se le ve a U! Creia ya que se había hecho U. anacoreta.

—Que cierto es, Paulina, que siempre que nos quejamos de la muerte es con justicia, la dije yo sentándome a su lado.

—Si U. lo hace, será injusto en efecto.

—Vea U. no ha mucho rato me quejaba del olvido de todos.

—Sin duda porque no se acordaba U. de mí.

—Al contrario, hablábamos de U.

—De mí? . . . Pero U. dice hablábamos?

—Es verdad.

—I puede saberse quien le acompañaba en tan provechosa ocupacion?

—Si, un amigo de U., Andres.

Un ligero rubor tiñó por un instante las pálidas mejillas de Paulina, la que cortando bruscamente la conversacion, me dijo con ese tono de indiferencia que las mujeres toman para ocultar sus pensamientos:

—Qué le parece a U. el baile?

—En este momento, indíscimo, repuse yo, seguro ya de que Andres era mas dichoso de lo que acaso pensaba.

—Cuál es la niña que mas le gusta? preguntó entonces Paulina.

—U., iba a decirla, como lo hacen todos los hombres en caso semejante, pero variando de idea respondí: Vea U., esa es una pregunta delicada.

—Por qué?

—Porque talvez soi en esto de la opinion de un amigo mio, acérximo enemigo del matrimonio.

—Tanto aborrece U. a las mujeres?

—No, no es eso; al contrario las adoro.

—I entonces?

—Mi amigo las adora tambien, i dice que jamas se casará por no tener una ménos a quien amar,

—Es decir que U. podría amarlas a todas?

—Al revés de mi amigo Andres, que no ama sino a una sola.

Paulina afectó no oírme i guardó silencio. Un momento despues Andres estaba a nuestro lado.

Si hai alguno de los mandamientos con el que yo haya cumplido exactamente, es con el undécimo *no estorbar*; quebrantándolo solo cuando en mi mano no ha estado evitarlo, o cuando por ignorancia he hecho sufrir a algun prójimo lo que tanto i tan repetidas veces me han hecho sufrir a mí; pero como en aquel momento no tenia ni el otro de estos motivos en [que apoyarme, me alejé de la hermosa pareja, pretestando ser llamado por alguno.

Vino entonces a mi memoria la mirada de Elvira. Hai mujeres, me dije en mis adentros, que olvidarán a su amante como la cosa mas natural del mundo; pero hai pocas talvez que perdonen que el hombre que las ha amado quemé ante otro altar el incienso de su adoracion. De estos celos póstumos, si así puedo explicarme, he visto repetidos ejemplos. Acaso la bella Elvira se encuentra en este caso, i con esta idea i halagado por la esperanza de leer una página de ese libro precioso i a veces indescifrable, que se llama corazon, me fui a sentar al lado de la niña que, en aquel momento parecia entretenidísima con la conversación de un elegante.

Aquellos de mis lectores que conocen a Elvira, recordarán los acontecimientos que precedieron a su enlace con don Demetrio Castaños, acomodado mozo, que añadia a sus cuantiosos bienes, la no muy rara cualidad de no ver mas allá de sus nárices. Esperando *criar el amor*, como la decian sus padres, Elvira había abandonado a Andres a quien amaba, para entregar su mano a su parente Castaños, cuyos escasos méritos le eran harto conocidos. Sucedió en éste lo que en muchos otros matrimonios de aquellos en que el *amor debe criarse*: al cabo de poco tiempo los jóvenes esposos se fastidieron el uno del otro: Castaños encontraba que su esposa tenía un jénio caprichoso i versátil que se avenia mal con la pereza e indolencia naturales de su carácter. Por su parte Elvira, conociendo la superioridad de su inteligencia comparada con la de su marido, exageraba acaso su falta de capacidad, hablando siempre de él con una especie de compasión despectiva, que revelaba a las claras la falta de esa perfecta armonía que debe reinar en un matrimonio para que la paz i la dicha no deserten el hogar.

Elvira que hallaba fastidiosa la compañía de su esposo, se rodeó de un gran círculo compuesto de las jentes de buen tono, i buscó los teatros, los bailes i paseos, una distracción a las escenas monótonas i sin interés de su vida en familia. Castaños por su lado, encontró que los naipes i los dados pueden compensar al hombre de la ausencia de las domésticas venturas.

Elvira era coqueta: era una de esas mujeres cuyo mayor placer consiste en tener adoradores, i que se creen virtuosas porque no dan a sus amantes nada que pase mas allá de dulces palabras o de lejanas esperanzas. No conozco nada de mas triste que la vida de estas mujeres, a los ojos del mundo tan dichosas, sino es la de esos pobres jóvenes que cometen a veces la locura de amarlas con verdad. Para ellas todo es ficticio, i juegan al amor como los niños a la gallina ciega: los celos de vanidad, i las mezquinas rivalidades las causan desvelos harto mas amargos que los de la pasión, porque no tienen su pureza; i un dia tal vez, cuando sus encantos van perdiendo el brillo de la juventud, mariposas que han jirado en torno de una luz sin creer que abrasa, sienten quemarse sus alas, i se entregan a un hombre que las despotiza, haciéndolas pagar con sus desprecios, las muchas lágrimas que tal vez han hecho correr en silencio de los corazones inespertos.

Apéndas me senté a su lado, Elvira se volvió hacia mí cortando tal vez su conversación con el elegante en la mitad de una frase. La primera lejía de una coqueta es atender al recién venido si está segura de su triunfo sobre el que tiene el derecho de prioridad.

—U. por aquí? me dijo sonriendose i mostrando así sus dientes blanquissimos. Yo le creia a U. en el Perú.

—Cuando se tiene la dicha de tener lindas amigas jamas puede uno ausentarse para siempre dijela yo, con ese acento de complacencia que adoptamos siempre que nos dirigimos a una mujer bonita.

—Me habían dicho que estaba U. enamorado.

—Es verdad.

—¿Como! i lo confiesa U.?

—Sin duda; que tiene eso de extraño?

—Es cierto, nada; como ustedes nunca nos dicen la verdad....

—Cuando mentimos, nunca.

—I como es que ha vuelto U.?

—Es claro; porque quería ver....

—A su familia?

—No.

—A quién cotones?

—A la mujer a quien amo.

—Se encuentra aquí?

—A mi lado.

—Vaya! no embrome U.

—Al contrario, el asunto es muy serio.

—Sabe que el viaje le ha hecho a U. galante.

—No, Elvira, lo que me ha hecho es franco.

—De veras?

—Lo dada U.?

—No lo creo únicamente. Pero hablaremos de otra cosa.

—De lo que U. quiera.

—Que le parece a U. Paulina? preguntó enton-

ces Elvira después de haber recorrido el salón con la vista.

—Conocí que llegábamos a la cuestión.

—Si no estuviera U. aquí diría que era la más bella, respondió mirando a Paulina que hablaba en aquel momento con Andres.

—Es verdad, es muy bella, repitió Elvira con rabia mal disimulada, i guardó silencio por algunos instantes.

Después como siguiendo en voz alta el hilo de sus pensamientos me dijo con aire de distracción pero solicitando una respuesta:

—Me asegura n que no es feliz.

—Quien podría afirmarlo? repuse yo para hacer que declarase del todo su pensamiento.

—U. sabe que solo con las riquezas no se hace la dicha de una mujer. La sociedad, es decir los hombres, creen que cuando una puede llevar lujoso traje, i alhajas de brillantes, de nada mas habremos menester. De todo cuanto constituye nuestra naturaleza no conoce sino aquellos que menos nos favorece: la vanidad i los frívolos caprichos. Mui pocos, o ninguno tal vez, adivinan que esas débiles criaturas necesitan el apoyo de los tiernos afectos.

—Pero en el caso presente, observé yo notando que Elvira aspiraba, apartándose de la cuestión, a presentarse como víctima, me parece que de ninguna de esas verdades por mas innegable que ellas sean podemos hacer aplicación.

—Al contrario, me dicen que su marido....

—La adora.

—Puede ser; pero U. no ignora que los padres de Paulina la obligaron a casarse con el señor Alvarez. Ella no le amaba i....

—Le había amado después.

—Eso es muy difícil. I también U. habrá notado que ella siempre está triste, aunque ahora.... Pero dígame U. no se llama Andres el joven que está a su lado?

—Si, contesté yo secamente.

No se quién ha dicho que se puede olvidar a un amante; pero que renegar de él es una infamia. Aquella pregunta de Elvira me había hecho subir la sangre a la cabeza, i estaba para retirarme de su lado renunciando a mis propósitos de observador cuando ella me dijo:

—Me aseguran que Andres, su amigo de U., ha tomado a su cargo la empresa de consolarla.

—Eso lo dice U. porque le ve a su lado.

—No, es que me han dicho....

—Se dicen tantas cosas que no son verdad.

—Tiene U. razón, pero Andres.... Elvira se interrumpió en este punto i sus ojos lanzaron un rayo de mal reprimida cólera dirigida hacia el lugar en que se hallaba Paulina. Yo seguí la dirección de la mirada de Elvira, i vi que Andres se alejaba llevando en su mano un hermoso pensamiento que pocos momentos antes había visto en un

pequeño ramo que Paulina llevaba al seno. Me fue fácil esplicarme el despecho de Elvira, la que preocupada con el nuevo jiro que aquella flor había dado a sus pensamientos, olvidó del todo nues- tra interrumpida conversación.

GUILLERMO BLEST GANA.

(Continuár.)

CONFIDENCIAS DE Mlle. MARS.

COLECTADAS POR

Mme. Roger de Beauvoir

I traducidas para el CORREO LITERARIO.

(Continuacion.)

III.

Al dia siguiente, temprano, el amante de María se hallaba en mi presencia.

Esperaba verle conmovido i confuso; estaba tan tranquilo como si su conciencia no tuviese ningun reproche que hacerle.

Esta sangre fria me pareció de mal augurio.

Señor, le dije, habeis cometido una falta, una gran falta, que solo una pronta reparacion puede absolver.

Sé lo que ha pasado entre vos i la señorita Duvernois.

¿Qué pensais hacer?

Lo que he hecho hasta ahora: amarla.

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono glacial.

I creis, señor, que eso sea todo lo que la debeis?

Si lo creo.

—Sois vos el que me lo dice! esclamé; vos de quien se me ha dicho que erais un hombre honrado!

Nerac guardó silencio.

—¡Que! habeis encontrado una jóven inocente una alma cándida; su corazon inesperto, confiandose enteramente en vuestra lealtad, se ha puesto a amaros sin temor i sin recelos, i vos le habeis arrastrado, seducido! I ahora que el menosprecio de unos i la censura de los otros la esperan, venis a decirme friamente: ¡Continuaré amándola! es decir: yo la entregare a la burla i la vergüenza. continuare acompañándola en el camino de la seducción que he abierto delante de ella, libre de abandonarla cuando esté cansado.

No, señor, no hareis esta mala accion, porque tarde o temprano os haria despreciable a vuestros propios ojos. Dareis a María la reparacion de que os digna. Vuestra conciencia os lo ordena Esa reparacion, señor, se la debeis.

—El cual es? tened la bondad de indicarla.

—Casaros con la señorita Duvernois.

Nerac me miró, pareció refleccionar i me contestó.

—¡La sociedad, señora, la contais por nada?

—La sociedad, señora, puesto que hablais de ella, ¿os prohíbe acaso rescatar una falta? Creedme, dad un nombre, el vuestro a esta pobre María, cuyo corazon i tocante abnegacion conocéis, i esa sociedad estará por vos.

—Si i no murmuró él.

En este momento parecia vacilar aun. Sin embargo yo entreví que preparaba un ataque, i, en efecto, armándose de la lisonja para hacerse un aliado de mi amor propio, añadió:

—Lo que voi a deciros, señora, no puede ofenderos; por el brillo de vuestro talento, os hallais colocada tan arriba, que las preocupaciones no podrian alcanzaros. Sois reina en el imperio de las artes, i toda reina solo tiene adoraciones i homenajes. Con vos, para vos, por vos señora, todo es posible.

(Mi modestia se halla un poco confusa al repetiros tan insípidos elogios, mi querida niña, pero son hasta cierto punto necesarios, a la verdad de mi recitado), continuó:

Despues de este pomposo preámbulo que yo no esperaba, i que acompañó de una graciosa sonrisa, Nerac me tomó la mano con el aire cortes de un hombre de mundo, i depositando galantemente un beso en ella, prosiguió:

—Si la señorita Duvernois fuese hoy todavía lo que era hace algunos meses; si ella no hubiese franqueado el espacio peligroso que la opinion ha colocado entre el teatro i la sociedad como una linea de demarcacion.... si, cierto, seria de mi deber reparar mi falta..... como vos la llamais; porque entonces, señora, habia falta, en efecto. Pero la sociedad en la cual ha entrado María está muy distante de juzgar las aventuras de amor con la misma severidad que vos; una mujer no se cree allí deshonrada por haber amado algo mas—¿no es verdad, señora?

Una sonrisa irónica pasó por los labios de Nerac.

—I si *Anjélica* se casa con *Clitandro* es solo en la comedia. Desgraciadamente yo no la represento, señora, i mi sociedad, aquella con cuyas exigencias debo vivir, no se conformaria viéndome terminar la pieza por este decenlace. Quedemos pues cada uno en nuestra posición i en nuestro rol.

Esta fria impertinencia i cruel burla hicieron ruborizarme.

—I es a esa abominable preocupacion, le interrumpí indignada, que sacrificais la existencia de una jóven? A fuerzas de ruegos i juramentos le habeis arrebatado su corona de inocencia, i esa casta i risueña corona, la reemplazareis con los pesares, la vergüenza i la desesperación....

Nerac me detuvo.

—Exajerais las cosas, señora, desnaturalizais la situación. La señorita Duvernois es jóven bonita; el teatro le dard distracciones i goces, que valdrán

mas que un matrimonio correcto i frio como un tema de retórica ; creedme, vendrá un dia en que ella nada lamente. . . .

—Oh! Callaos! callaos! exclamé interrumpiéndole bruscamente. . . . Os aborreceria si me hablaseis así por mas tiempo. ¡La preocupacion! el mundo! grandes palabras con las cuales disfracais vuestra indiferencia! Declamacion tras de la cual se oculta vuestro egoismo! Por mas que hagais, señor, sereis condenado por el tribunal del corazon.

—Seré absuelto, señora, por el tribunal de la opinion.

—¿No amais pues a María? pregunté a Nerac.

—Os engañais, señora, si dudais de mi amor por la señorita Duvernois; yo la amo.

Había en estas palabras cierto acento de cincelidad, que me hizo volver una secreta esperanza.

Todo no está perdido, pensé, puesto que él la ama; i diríjindome a Nerac, añadí:

—I apoyado sobre vuestro amor por María, fuerte con su honestidad, no os atreveis a armaros contra esa falsa apariencia que os impulsa a cometer un crimen (insisto sobre la palabra) bajo el pretexto de que *vuestra sociedad* lo exige! Ah! señor, tened ese valor, i, por un noble combate, obtened esta victoria sobre vos mismo.

Pareció reflexionar.

Yo le creí vencido, mi esperanza tocaba casi al contento.

—Si fuera solo, me replicó, si estas ideas fueran solo mías, sí, yo triunfaría de ellas, os lo aseguro, i haría sin temblar lo que me pedís; pero es una guerra de principios, una revolución en el orden establecido la que necesitais, i queréis hacer de ella la obra de un solo hombre? ¿Me creís con el poder de destruir lo que los siglos han consagrado? ¡Qué juguete soi pues a vuestros ojos, señora, para que me aconsejeis atacar a la sociedad entera?

Exajeraba así el peligro de la empresa i la fuerza de la preocupación para hacerme retroceder i absolverse; apercibiéndose después que no me había convencido, finjíó una ternura i una sensibilidad hipócrita, i mirándome con afectación.

—Sí, continuó, amo a la señorita Duvernois; yo hago mas, la estimo. Ella es a mis ojos tan casta hoy como lo era hace algunos meses; pero os lo repito, señora, a vos que defendéis su causa con tanta elocuencia, la sociedad no será de esta opinión. Ella es cómica, i yo no puedo hacerla mi esposa.

—Escuchadme, le dije, la señorita Duvernois es rica.

—Lo sé, señora.

—¡bien! cualquiera que sea la dote que dé a su hija, yo me comprometo a doblarla....

—¿Es un mercado el que vais a proponerme, señora?

Comprendiendo que le había herido me apresuré a responderle:

—No, señor; no se trata de un mercado. Lejos de mi semejante idea. Pero aumentada vuestra fortuna por la que la señorita Duvernois os trajera, mejor quedaría establecida aun vuestra independencia.

¿Quién os impediría entonces dejar la Francia para siempre; esta Francia donde ningún interés os detiene. . . . quién os evitaría llevarlos a María, vuestra esposa, lejos de esa sociedad que os causa tanto miedo?

—Yo poetizaba para un hombre que nada tenía de poético i que solo vivía para la realidad.

—No se escapa a la opinión por la distancia, me dijo; si partis os sigue. Como el fastidio, ella galopa tras de vos! como el remordimiento se liga a vuestra conciencia i la tortura!

—¿Entonces, le pregunté, vuestra resolución es irrevocable?

—Si, señora; pero ella está fundada sobre principios que mi corazón me ordena respetar.

Sin darme tiempo para decirle mas, Nerac me hizo un saludo respetuoso i salió.

¿Esta entrevista me había causado más sorpresa que indignación? No sabré decirlo. A lo menos, ella venía a revelarme el verdadero carácter de este hombre. Como tantos otros, su aspecto era engañoso. Bajo una benevolencia aparente se ocultaba la personalidad más seca i más inflexible. Adquirí por él, odio i desprecio como si hubiese sido el más cruel de mis enemigos.

La situación que me había formado respecto de la señora Duvernois llegaba a ser más embarazosa desde que Nerac rehusaba casarse con su hija, pero era necesario aceptarla hasta el fin.

Hubiese sido cruel quitar a María toda ilusión manifestándole desnuda la pusilanimidad i el horroso egoísmo del hombre al cual se había abandonado sin reserva; tomé pues el partido prudente de hacer recaer toda la culpa de la negativa de Nerac sobre el orgullo de su familia.

Escribí a la señorita Duvernois el triste resultado de mi diligencia, rogándola, a nombre del reposo de su hija, no leyera mi carta.

Yo sabía que la pobre niña no pediría, no exigiría jamás la reparación que tan lejítimamente merecía. Yo debía, a lo menos, dejarla ignorar siempre con qué crudidad Nerac la había inmolado a ese ídolo que se llama *la sociedad*, i que las más veces, como las divinidades de los pueblos bárbaros, devora víctimas humanas.

Mejor que yo todavía, Nerac conocía la noble jenerosidad de esta excelente alma. Así él no temió descubrirse a mis ojos, cierto de que la víctima no haría oír ninguna queja.

(Continuará).

Historia de la semana.

Hoi es el *Diez i ocho* de Setiembre: la historia de esta semana, es la historia de los triunfos de la patria, la de sus glorias, la de sus grandes recuerdos. Dejemos a un lado nuestros estravios, nuestras pequeñeces, nuestros grandes absurdos, para anegarnos únicamente en la contemplacion de aquellos hechos que tanto nos engrandecieron i que ya hoi no son una providencia en el corazon de los modernos patriotas.

Hai tantas ambiciones, tantos sentimientos encontrados en la época que cruzamos, que apena tiene el individuo el tiempo suficiente para ocuparse de si mismo.

Por hoi una tregua al gobierno i los partidos: hoi no es dia de lucha, es dia de regocijo público, i si se nos escapan algunas *verdades amargas*, no será porque queramos nublar con ellas nuestras verdades consoladoras. Bastante ocultas se encuentran estas para que puedan correr el peligro de ser profanadas.

La patria, que tantos sacrificios nos ha costado, como decian nuestros padres, "es justo que tenga tambien su dia, en el que olvidándose del presente pueda sonreir a sus magnificos recuerdos. No nos empeñemos en deshojar sus laureles ni echemos un crespon sobre sus glorias, porque habria fundamento para que se dijese, que la habiamos arrancado a la esclavitud para conducirla al Calvario.

Procuremos alentar nuestras esperanzas para que no se destruya nuestra fe, i sin desconsolarnos por las amarguras del presente, miremos llenos de confianza el porvenir. Apena se da en el mundo un goce, un triunfo, que no cueste sacrificios, i si hoi hai nubes en nuestro cielo, un momento de abnegacion puede disiparlas. No preparamos el ánimo para un desengaño, que si en nuestros corazones hai virtudes, no tardará mucho el bello dia de la realizacion de nuestras esperanzas.

No hablemos ahora de los riegos que envuelven la situacion presente; en los dias de lucha nos presentaremos a arrostrarlos. Si es necesario sacrificar los resentimientos para que brille mas puro el sol de este dia, sacrificiquemoslos, que ante todas nuestras mezquindades están las glorias de la patria.

La jenerosidad i la nobleza es el distintivo caracteristico del corazon del chileno, i asi como es fuerte en el combate, es tambien fácil para confraternizar cuando se le llama a ocupar una misma mesa en el festin de la república.

Lo que por ahora debemos empeñarnos en matar en nosotros, es el indiferentismo que nos va sitiando i que indudablemente nos ahogará, si en el revuelto mar de los intereses personales, naufragan nuestros sentimientos. ¿Dónde está ahora

aquel patriotismo, aquella abnegacion, aquella fe de los que todo lo sacrificaron a nuestra prosperidad i bienestar? Entonces, en vez de intereses individuales, se salvaban los intereses de los pueblos, en vez de comodidades se solicitaban sacrificios, en vez de comprometer la riqueza pública, se despojaban los ciudadanos, en obsequio a la nacion, *de todas sus alhajas i útiles de plato!*

Entonces la libertad no era una palabra, porque costaba muchos sacrificios, i el que moria en su defensa, no lloraba la existencia que perdía, sino el no tener cien vidas mas para ofrecerlas a la causa bella i santa, cuya invacion iba a decidir de la suerte de todo un continente.

¡Felices los que nacieron en esa época porque ellos vivirán en la inmortalidad!

Es necesario que conjuremos el indiferentismo que nos invade, para que podamos dar toda la importancia que se merece a nuestra historia, i para que salvemos de las ruinas de una política estrecha i personal, la idea noble i grande que fué la tea luminosa que alumbró los pasos de los héroes de la independencia. Conservemos la fe i tengamos siempre a la vista aquellos ejemplos que asombrarán a todas las edades, aquellos hechos que vivirán en todos los tiempos.

Un capellan de ejercito, Navarro, levantaba el espíritu de los futuros triunfadores de Chacabuco con estas palabras: —*Dios proteje la causa de los libres, i la independencia del nuevo mundo está escrita en el libro del destino.*—Nosotros debemos levantar el espíritu enervado de la presente jeneracion, pulsando la lira de los recuerdos, templada por el patriotismo, para gravar en su corazon la poesía vivificante de aquellas armonías inmensas.

Si, Dios protegió la causa de los libres, i fué la independencia del nuevo mundo.

Hoi parece que el diablo se ha metido en nuestras repúblicas i han vuelto a anudarse las cadenas.

No, son desgracias pasajeras, ambiciones que duran undia, pero el sol volverá i disipará las nubes.

Cantemos las pasadas glorias i resucitarán todos los nobles sentimientos. La abnegacion no ha sido del todo sofocada por los intereses materiales, i aun quedan chispas en la hoguera del patriotismo que inflamó a tantos corazones.

En este dia debemos tambien hacer una exposicion de todas nuestras creencias, de todos nuestros principios i convicciones, i probar que el egoísmo, esta carcoma de las sociedades modernas, aun no ha echado entre nosotros hondas raíces.

¡Díez i ocho se setiembre! las nubes que has sorprendido en nuestro cielo, no han sido acumuladas por el pueblo; el está todavia en la ignorancia i no comprende ni hace uso de su soberanía.

ni de sus derechos. Los gobiernos i los partidos son hasta ahora los solos responsables. Pero hoy no queremos hacer cargos, i los abandonamos a su propia conciencia. La libertad no ha muerto, porque el pueblo existe; ella tendrá su resurrección como todo lo que es inmortal; solo se encuentra vivida!

Los principios han momentáneamente desaparecido para dar lugar a las personas, pero estos desaparecerán a su vez i volverán a brillar a quelllos.

Las creencias se han debilitado desde que las conciencias se han adormecido; pero como al fin, cansados de creer mentiras i de sufrir desengaños hemos de tener necesidad de ellas, volverán puras i consoladoras a curar las llagas abiertas por los innobles cálculos i la mala fe.

Las virtudes cívicas hoy se sienten brotar al calor de nuestros recuerdos para helarse mañana; pero un día serán la fuente de todas nuestras inspiraciones.

El patriotismo; esta es una virtud cívica i hoy se siente bullir en todos. ¡Quién pudiera eternizarte, sol del diez i ocho de setiembre!

La patria aquí está; si no es la misma que nos legaron, que den cuenta de ella los responsables. Pero todos los pilatos se lavan las manos mientras los fariseos se disputan los pedazos de su túnica.

El liberalismo. ¿dónde está? hoy todos los partidos son liberales, que se presenten todos ellos i digan donde lo tienen escondido.

El progreso: las mejoras materiales están a la vista; hemos hecho algo; no andamos desnudos, i luego tendremos ferrocarriles para andar más aprisa. Los progresos morales e intelectuales no asoman; no hacen tampoco falta para engrandecerse en medio de los abortos de los tiempos que alcanzamos.

La riqueza pública: allí están los ferrocarriles i los empleados de la nación, que pueden presentar una cuenta detallada de ella. Aquellos hacen parte de nuestra prosperidad i éstos preparan la prosperidad de los gobiernos. Ferrocarriles i empleados son pues elementos de progreso, i la riqueza de las naciones solo debe servir para desarrollar estos elementos.

Pero nos parece que vamos siendo en nuestra exposición amargos, cuando hoy no queremos derramar una gota de hiel de nuestra pluma.

Que se embriague el pueblo por algunas horas, que bien merece ser feliz algunos momentos quien parece que no ha nacido para gozar todos los días. Que el tricolor republicano batido por el viento de nuestras glorias, solo siempre en todos los pechos la alegría i los haga palpitantes de gozo purificando sus sentimientos: la estrella que lo adorna resplandece para todos dulcemente i pro-

yecta sus rayos hasta en los últimos rincones de la república.

Nosotros no queremos tampoco anegarnos en ideas desconsoladoras, porque hemos también percibido esos dulces rayos de luz i ellos han abierto nuestro corazón a la esperanza. Hoy día no debe ser un delito el patriotismo, i nadie debe criticarnos la sinceridad de nuestras expresiones.

Darémos ahora cuenta mui a la lijer a de algunos incidentes de semana, reservándonos para nuestra próxima historia tratar mas a lo serio los asuntos de la política i las demás quisicas que se cruzan en esta bulliciosa semana.

La cámara de diputados tuvo el jueves en la noche su última sesión. La minoría, creyéndola ilegal, protestó i abandonó sus asientos; pero la mayoría había ocurrido en crecido número, i así que aquella se ausentó, se despertó en esta tal espíritu público, que empezó a despachar los asuntos por cajones. ¡Qué furor de trabajar! qué decisión por el bien del país! qué patriotismo! Sin duda que las brisas de setiembre cojeron con la fresca a los infatigables obreros de la mayoría, i sin mas se han precipitado en el carril de las reformas i han empinado fuertemente la gratitud nacional.

Dicen que han aprobado cincuenta proyectos. En la próxima semana daremos cuenta de todos ellos. Que vayan aprontando la paciencia nuestros lectores.

En esa misma noche tuvo lugar el baile en el teatro municipal, i si los empresarios hubieran cifrado en él alagüeñas esperanzas, hoy tendrían que lamentar amargos desengaños, i habrían sido los próximos mas desgraciados que pudieran presentarse en la exposición de los infortunios: el teatro estaba vacío i los salones respladecían por sus adornos i sus luces. Jamás se había adornado un local mas espléndidamente, i las mesas presentaban cuanto puede apetecer el buen gusto. ¿Qué se había hecho esa noche la sociedad de Santiago? porque no ocurrió a uno de los mejores bailes que se han preparado hasta ahora? Ciertamente que nuestra sociedad tiene caprichos injustificables.

Las pocas señoritas que concurrieron estaban elegantemente adornadas i con ese esquisito buen gusto que caracteriza a nuestra sociedad de alto tono. Pero no podían estar satisfechas porque se encontraban aisladas i tenían que lucir sus encantos ante una concurrencia tan reducida, que ni el nombre merece de tal.

Los empresarios han tenido, pues, que sufrir una pérdida como de dos mil pesos, porque todos los grandes preparativos se han perdido; pérdida de la que no podrán resarcirse atendiendo a los grandes gastos que les ocasiona el teatro, i a las escasas entradas que obtienen. Lamentamos este fiasco que era difícil de prever. Uno de los empresarios nos hizo gracia esa noche: contemplando

la escasa concurrencia i los gastos hechos, dijo lleno de buen humor:—No nos falta mas, sino que nos hagan una caricatura donde nos pongan a todos en ridículo.—Como se ve, todo se había perdido menos el espíritu.

Las fiestas de setiembre han principiado, i nuestra municipalidad ha querido tambien contribuir por su parte a solemnizar los días de la patria, mandando plantar algunos inmensos palos en la Plaza de la Independencia i en el paseo de las Delicias. No ha faltado un chusco que diga, que la ilustre municipalidad ha querido hacer varias caricaturas de alguno de los ministros del despacho. ¡Vea usted que ocurrencia! como si la ilustre municipalidad no tuviera otras cosas mas importantes de que ocuparse.

Como nuestros lectores no deben estar en estos momentos mui dispuestos a ocuparse de periódicos, no nos estenderemos mas esta vez i nos despedimos es ellos hasta el sábado proximo.

J. A. T.

Revista del teatro lírico.

El Domingo 12 del presente, se repitió en el teatro municipal la ópera de Bellini: *Los Puritanos*. Fué bastante bien desempeñada, i mui aplaudidos por el público todos los trozos, particularmente el Duo del segundo acto, cantado por Domenech i Francolini.

—El lunes 13, se repitió el *Hernani*. La Fabbri, Francolini, i Domenech se distinguieron, como de costumbre esa noche, aplaudiendo el público a estos artitas, como lo merecían. Mamoni tambien participó de los mismos aplausos en el bellísimo terceto final.

El martes 14, se representó por primera vez la *Sonámbula*; una de las mejores óperas de Bellini, i una de las mas aplaudidas del público de Santiago.

Esta linda ópera ha sufrido, como la mayor parte de las demás que se han dado en esta temporada, la desgracia de ser estudiada de carrera: así es que han sido mui pocos los artistas que han sabido bien su parte. A la precipitación con que se ha puesto en escena esta ópera, atribuimos el que la Dirección nos la haya dado lastimosamente mutilada. En efecto: hai trozos enteros que no se han cantado, como, por ejemplo, un lindo cuarteto del último acto. Muchos trozos han sido truncados; contentándose los artistas con cantar solo la primera parte de la *caballetta*. El bellísimo coro de la *fantasma* ha sido mediocremente cantado: no había unión, ni colorido; i apesar del gran cuerpo de coristas con que cuenta la compañía, apenas se oía la mitad. Pero la Bardoni i Benedetti nos indemnizaron, cantando un lindo Duo, que ha sido suprimido, siempre que se ha dado

esta ópera en las temporadas anteriores. Esperamos que la Dirección ponga empeño en remediar las faltas que dejamos indicadas, para otra vez que dé esta ópera.

EL JEFE DE LA FAMILIA.

Comedia en tres actos.

(Continuación),

D. Manuel.

(Como ántes) Eso es, los barquillos tambien.

Doña Prudencia.

Espere Ud. ¡Jesus! con este hombre no se puede hacer nada—Oiga Ud., que sirvan los barquillos en las bandejas de plaqué i los helados en los platillos de porcelana.

D. Manuel.

(Con precipitacion) Las bandejas en los barquillos de plaqué con los platos de porcelana.

Doña Prudencia.

¡Dios nos valga! Los barquillos en las bandejas i los helados en los platillos que están sobre el aparador. Hágalo Ud. mismo; porque los criados no sirven mas que para hacer torpezas.

D. Manuel.

(Que ha hecho varias veces ademan de irse) Paciencia, cuando la señora da fiestas para mí principia el purgatorio.

Doña Prudencia.

(Pensativa) Que otra cosa tenía que disponer. . . .

D. Manuel.

(Lo mismo) Que otra cosa. . . .

Doña Prudencia.

I cuando una tiene que pensar en todo; porque en esta casa a nadie se le ocurre nada.

D. Manuel.

(Tomándose la cabeza) Ai, principia el agua i este es el tercer chubasco.

ESCENA 3.ª

Los mismos i Clara entrando por la puerta del fondo.

Clara.

Mama, mamá, acaba de llegar doña Bárbara con sus seis hijas i están preguntando por Ud.

D. Manuel.

I esas que de todo se enojan ¡como estarán por que no hemos salido a recibirlas!

Doña Prudencia.

(A don Manuel) ¡Aun está Ud. aquí? i los helados señor, espera Ud. que vaya yo a servirlos.

D. Manuel.

Allá voi al momento—Es que la tal doña Bárbara se me había atravesado en la imaginación—Hai jentes hijita con las cuales es necesario siempre estar alerta.

Doña Prudencia.

Deje Ud. para despues sus observaciones i haga lo que he ordenado.

D. Manuel.

Dices bien, los de naranja—como que no se hayan vuelto a descuajar.—Doña Bárbara debe estar como un leon (váse.)

ESCENA 4.

Doña Prudencia i Clara—Despues Enrique i Casimiro.

Doña Prudencia.

(Arreglando a Clara el vestido) Ya andas toda chupada, ten cuidado al sentarte de levantarte el vuelo que parece que te has acostado en el vestido.

Clara.

(Aparte) ¡Quinto sermon, como fuera el ultimo! . . .

Doña Prudencia.

Vamos a saludar a doña Bárbara, (Sale ántes que Clara mientras Casimiro i Enrique entran.)

Enrique.

(A Clara) No olvide Ud. que las próximas cuadrillas son mias, ya que no tuve el placer de bailar con Ud. las anteriores.

Clara.

La culpa fué de Ud. que llegó demasiado tarde.

Doña Prudencia.

(Apareciendo en la puerta del fondo) Vamos Clara, piensas quedarte aquí.

Clara.

No, mamá, voi al instante, (váse)

ESCENA 5.

Enrique i Casimiro.

Casimiro.

(Riéndose) Sin ser profeta se puede pronosticar que al que sea yerno de doña Prudencia lo canonizará en vida i sin mas prueba de martirio.

Enrique.

Bah, los reales del padre lo componen todo. Sabes Casimiro que ese apreciable de don Manuel tiene sobre sus buenas prendas personales seiscientos mil pesos bien contados.

Casimiro.

Para mi mas vale la chica que toco eso. ¡Que carácter Enrique, que ángel es esa niña!

Enrique.

Adorable i es hija única i su padre no tiene ni un centavo de deuda.

Casimiro.

Con ustedes mineros, hombres positivos no se habla sino que se calcula—Para ustedes la niña soltera representa un cierto capital i emprenden un casamiento con las mismas miras con qué compran una barra de mina.

Enrique.

Con la diferencia que lo primero nos cuesta doblemente mas caro.

Casimiro.

¡I por qué?

Enrique.

¡Por qué? i eres hombre soltero i me lo preguntas. Amigo en esta lotería que llaman matrimonio, el lote nos cuesta nuestro principal tesoro, nuestra libertad.

Casimiro.

Es decir que ustedes venden esa libertad por un dote o una herencia i por esa esperanza encadenan a una pobre niña inocente i la hacen espiar con mil pesares el crimen de haberse dejado engañar!

Enrique.

Eres muy elocuente; pero no me convences.—Tu moral huele a rancio desde lejos.

Casimiro.

Es verdad; pero tu no apuntas su principal defecto i es que es verdadera i nada hai mas intempestivo que esas buenas i viejas verdades que por mas que se quiera reemplazarlas prevalecen a despecho de todo artificio.

Enrique.

Hablemos claro i dejémonos Casimiro de frases buenas para impresionar a los niños—¿Qué es lo que quiere una mujer soltera de cualquiera edad i condición que sea? marido, no es así? aun cuando éste se presente bajo la forma mas irregular o ridícula.

Casimiro.

Lo que es bastante natural.

(Continuará)

Ilustraciones de este número.

Damos a nuestros suscriptores los retratos de San Martín, Freire i Carrera; no habiéndose concluido el de O'Higgins, lo daremos en el número siguiente.

Condiciones de la suscripción al Correo Literario.

En Santiago un peso al mes.

En Provincias 1 peso 20 centavos.

En el exterior 1 peso 50 centavos.

La suscripción se pagará por trimestres anticipados.

Ajentes.

VALPARAISO..... Don Emilio Audois.

SERENA..... a José Domingo Cortés.

SANTA ROSA..... a M. Camus Serrano.

TALCA..... a Elias Morel.

CHILLAN..... a José Manuel Ribera.

TOME..... a Antonio Ferrer.

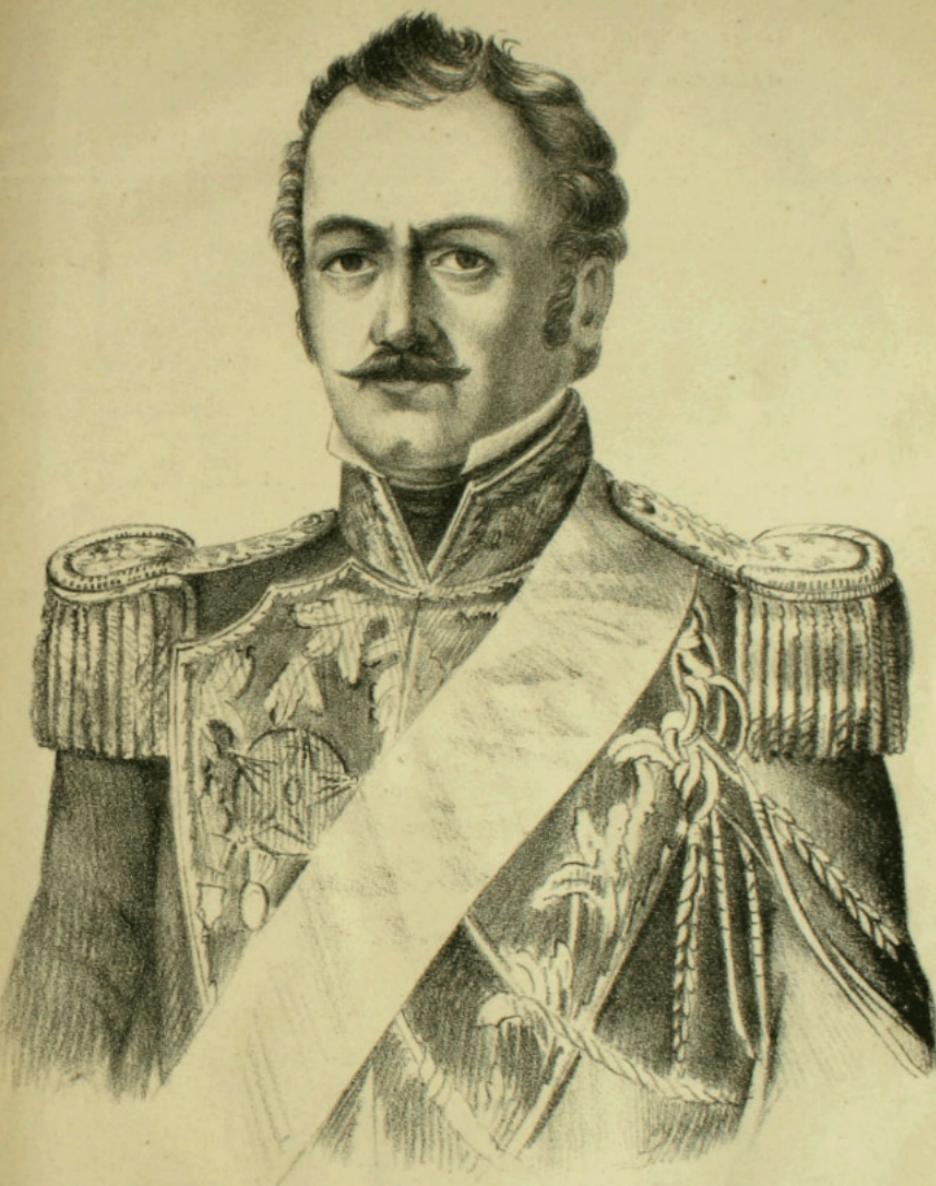
CONCEPCION..... a Juan del Pozo.



JOSÉ DE SAN MARTIN.



JOSÉ MIGUEL DE CARRERA.



RAMON FREIRE I SERRANO.